



T.R. RAGAN

Traducción de Pilar de la Peña Minguell

**NO
CIERRES
LOS
OJOS**

amazon crossing 

T.R. RAGAN

Traducción de Pilar de la Peña Minguell

**NO
CIERRES
LOS
OJOS**

amazon crossing 

Título original: *Abducted*

Publicado originalmente por Thomas & Mercer, Estados Unidos, 2012

Edición en español publicada por:
AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg
Enero 2017

Copyright © Edición original 2011 por T. R. Ragan

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2017 traducida por Pilar de la Peña Minguell

Imagen de cubierta © Marta Orłowska/Alamy

Diseño de cubierta: lookatcia.com

Primera edición digital 2017

ISBN: 9781503942806

www.apub.com

ACERCA DE LA AUTORA

Theresa Ragan es autora superventas de *USA Today* y del *New York Times*. En agosto de 2015 alcanzó la séptima posición en la lista de *best sellers* del *Wall Street Journal*. Theresa ha vendido casi dos millones de ejemplares de sus novelas desde 2011. Con el nombre de T. R. Ragan escribe ciencia ficción, novela contemporánea y novela negra. *No cierres los ojos* es el primer libro de la saga de Lizzy Gardner, éxito de ventas en Estados Unidos. En la página web de la autora, www.theresaragan.com, se recoge información detallada sobre su actividad literaria.

A Ruth Cole Cunningham, mi bella y singular madre

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[CAPÍTULO 21](#)
[CAPÍTULO 22](#)
[CAPÍTULO 23](#)
[CAPÍTULO 24](#)
[CAPÍTULO 25](#)
[CAPÍTULO 26](#)
[CAPÍTULO 27](#)
[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

CAPÍTULO 1

*Sacramento, California
Sábado 17 de agosto de 1996 a las 18:47*

Entre las oscuras sombras de la noche, aquella adelfa tan alta y tan espesa le servía de refugio desde donde poder vigilar la puerta principal de la casa de los Anderson. Detrás de él se extendía un campo de hierba gracias a cuya altura podría mantenerse oculto cuando llegase el momento de regresar a su automóvil, estacionado al otro lado; pero que esa hierba estuviera tan seca era un peligro: podía terminar ardiendo. Si aquel fuera su vecindario, ya se habría resuelto ese problema. De la vigilancia que había desplegado sobre esa zona aquellos dos últimos meses, había aprendido que sus vecinos eran individuos demasiado confiados. No había carteles de ZONA VIGILADA. Ni reuniones de vecinos. Ni comunicación.

Idiotas.

¿Acaso no sabían que la mejor forma de protegerse de la delincuencia era mantener informada a la gente? Estar al tanto de lo que sucede en el barrio, a los vecinos. Ser observador. Andar atento a la presencia de extraños o a vehículos desconocidos. Negó con la cabeza.

Los «expertos» de los medios insistían en que los recientes asesinatos respondían a un afán de controlar y de jugar a ser Dios. No era eso ni mucho menos. Era una cuestión de paciencia. Él no solo tenía la paciencia de un santo, sino que además era un santo. No era un maniático ni un

chiflado, ni ninguna de las cosas que los periodistas le habían asignado. Si fuera un «chiflado» iría a por todos y cada uno de esos supuestos «expertos» y se quedaría tan ancho.

Gregory O'Guinn, agente del FBI jubilado, hoy en día escritor, lo tachaba de perdedor y aseguraba que era un paria, un fracasado que se crecía torturando a inocentes. Gregory O'Guinn era una vergüenza para Harvard.

¿Y qué más le daba lo que pensara O'Guinn? Él sabía la verdad. Sabía lo que hacía y por qué lo hacía. Sabía distinguir entre el bien y el mal. Si ese autor dedicara más tiempo a indagar en la vida de aquellas muchachas muertas, descubriría que no eran en absoluto inocentes: todas ellas eran chicas malas. Adolescentes irrespetuosas que lo habían obligado a actuar porque nadie había hecho nada por ellas. Si O'Guinn conociera toda la historia, lo consideraría un justiciero, un héroe, un hombre forzado a ignorar los procedimientos judiciales legítimos y a hacer justicia a su manera.

Mantuvo la mirada fija en la puerta principal de la casa de los Anderson. Echó un vistazo a su Rolex, un Oyster Perpetual Sea-Dweller, y trató de contener la irritación que le reconcomía las entrañas. Pese a que sentía aversión por cualquier masa de agua —mar, océano, piscina—, siempre había deseado tener un reloj sumergible. Idéntico al de su padre. El reloj, que contaba con un calibre cronográfico automático de treinta y un rubíes, podía sumergirse hasta mil doscientos metros. Y era compacto. Y no tan pesado como esos aparatosos Omega. Aquel Rolex suyo estaba hecho con una pieza maciza de acero inoxidable 904L carísima. La esfera se veía muy bien incluso en la oscuridad. Se lo había regalado a sí mismo como premio por un trabajo bien hecho: tres jóvenes en tres meses, todas ellas una amenaza para la sociedad.

Entornó los ojos. ¿Dónde se había metido Jennifer?

Durante las últimas ocho semanas, todos los sábados por la noche, sin falta, después de dejar sola en casa a su

hija de dieciséis años, los padres de Jennifer Anderson habían salido a cenar y al cine. Lo que no sabían era que cinco minutos después de que salieran de casa su hija cruzaba con sigilo la puerta principal y se dirigía al parque del barrio, donde quedaba con su novio. ¡Qué vergüenza!

Convencido de que aquel sábado la joven también terminaría saliendo, decidió esperar y, durante la espera, pensó en las otras chicas a las que había castigado recientemente. Según especulaban los expertos, disfrutaba torturando a las chicas, algo absurdo. Disfrutaba más la curiosidad mórbida de la gente que llevarse a las chicas a casa y hacerles lo que fuese que tuviera que hacerles para darles una lección.

¿Acaso era el único que se negaba a tolerar que unas jovencitas malcriadas e insolentes gobernaran el mundo?

Sábado 17 de agosto de 1996 a las 19:00

Lizzy Gardner bajó con sigilo las escaleras, confiando en poder escapar sin que la vieran, pero al llegar al rellano el lápiz de labios de su hermana se le cayó del bolsillo de la cadera y rodó por las baldosas del vestíbulo.

—¿Adónde crees que vas, Elizabeth? —preguntó su padre desde la cocina.

Ella suspiró y miró hacia donde él estaba.

Su madre, detrás de su padre, le hizo un gesto con la mano, como indicándole a Lizzy que no pasaba nada. Su padre aprovechaba cuando ella salía con sus amigas para estallar y desahogarse una vez más.

—Hoy es la última noche que veo a mis amigas —mintió Lizzy—. Emily y Brooke se marchan a San Diego mañana.

—No sabes cuánto me alegro —repuso él—. Ya va siendo hora de que te relaciones con personas de tu edad. ¿Quién conduce? —inquirió mientras abría la puerta de la calle y se asomaba afuera.

Emily lo saludó con la mano desde el escarabajo decapotable.

—¡Hola, señor Gardner!

Su padre gruñó y cerró la puerta.

—No tienes ninguna necesidad de salir hoy. Ese asesino aún anda suelto.

Otra vez, no. El célebre asesino de adolescentes llevaba meses sin actuar, pero, después de haber matado a una chica de quince años y a otra de dieciséis en un periodo de tres meses, el maniaco había conseguido convertir a unos padres perfectamente normales en insufribles aprensivos.

—Papá, por favor...

—Te quiero en casa a las diez.

—Tom —lo interrumpió su madre—, le he dicho a Lizzy que podía llegar a las once y media. Esta es su última noche con las chicas. Después de la bolera irán todas a casa de Brooke. Conoces a los padres de Brooke. No le pasará nada.

—No me gusta —repuso su padre, negando con la cabeza.

—Anda, vete —la instó su madre, haciéndole una seña con la mano—. Hasta esta noche.

A Lizzy no le hizo falta que se lo dijeran dos veces. Olvidándose por completo del lápiz de labios que se le había caído, cruzó la puerta a toda prisa, sin mirar atrás.

Sábado 17 de agosto de 1996 a las 23:25

Lizzy no quería que la noche terminara. Jared conducía para dejarla en su casa y ella contemplaba el camino que se desplegaba ante ellos a través del parabrisas. Todo estaba oscuro y hacía una noche estupenda... una noche perfecta.

Jared giró a la derecha por Emerald Street.

—¿Te importa parar aquí? —le preguntó Lizzy, señalando la acera del final de la manzana—. Iré andando el resto del camino. Si te ve mi padre, me matará.

Él acercó el Ford Explorer de su padre a la acera y apagó el motor. Lizzy se desabrochó el cinturón de seguridad. Se inclinó sobre Jared y lo besó con fuerza en la boca. Cuando se apartó, tenía los ojos llorosos.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé —contestó ella—. No me gusta nada tener la sensación de que no volveré a verte nunca más.

Jared la estrechó entre sus brazos y le besó la punta de la nariz, la mejilla, la barbilla y, por último, los labios. Cada beso le parecía el primero. Y ahora él se iba a la universidad. Qué injusta era la vida.

—Quisiera que esta noche nunca terminara —dijo ella.

—Yo también —respondió él, y volvió a besarla, más apasionadamente esa vez.

De Jared Michael Shayne lo adoraba todo: su aspecto, lo que le hacía sentir, su olor y el sonido de su voz...

—¿Jared?

—¿Sí...?

—No te olvidarás de mí, ¿verdad?

—Ni loco. Míranos, comportándonos como si no fuéramos a volver a vernos nunca más —espetó él, riendo, después de un largo silencio—. Me voy a Los Ángeles no a Marte. Está a cinco horas en automóvil, seis como mucho. No tienes más que llamarme y vendré.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —contestó él antes de volver a besarla.

El reloj del salpicadero marcaba las 23:25 cuando aparcaron. Su padre ya debía de estar histérico.

—Más vale que me vaya —le dijo ella, volviéndose para abrir la puerta.

Él la detuvo, agarrándole la mano.

—Te quiero, Lizzy. Esto no es el final. Es el comienzo.

Ella se esforzó por sonreír.

—Tienes razón. Yo también te quiero. Llámame por la mañana, antes de irte, ¿vale?

—Lo haré. —Miró al frente, examinando la calle—. Deja que te acerque un poco más a tu casa. Es demasiado tarde para que vayas sola.

A Lizzy le gustaba que él se preocupara por ella, pero a veces la trataba como si fuese una niña pequeña. Había cenado suficientes domingos con Jared y su familia para saber que el padre de su novio era bastante mandón y controlador. No quería que Jared, ni nadie, le dijese lo que tenía que hacer. Además, su padre la castigaría un mes si veía que Jared la dejaba en la puerta cuando, en teoría, había quedado con Emily y Brooke. Le plantó un beso rápido en la boca, se volvió y bajó del automóvil.

—No pasa nada —dijo para tranquilizarlo antes de cerrar la puerta y lanzarle un beso.

Él se lo devolvió.

Sintiéndose mejor, enfiló el camino a casa. Antes de girar a la derecha por Canyon Road, miró por encima del hombro, pero Jared ya había salido en la dirección opuesta. Aun así, se despidió con la mano.

Su casa estaba al final de la manzana.

Desde donde estaba veía la silueta del sauce llorón que su padre había plantado en el jardín de la entrada.

Los tacones de sus zapatos resonaban en la acera tanto como para resucitar a los muertos. Se detuvo y se descalzó. Ahora el único sonido era el croar de trocientas ranas en celo en algún arroyo distante.

¡Zas!

Se apagó una farola. Alzó la vista al pasar por delante. No se le había ocurrido que pudiese estar aún más oscuro, pero se equivocaba. Hasta las estrellas la habían abandonado esa noche. Dios, había olvidado cuánto detestaba la oscuridad. Lo único que le fastidiaba más que la oscuridad era estar sola en la oscuridad.

Jared tenía razón. Debería haber dejado que la acercara más a su casa, a lo mejor debería haberlo dejado que la llevase a casa y la acompañase a la puerta como solía ha-

cer. Podía haberle dicho a su padre que Jared la había recogido en casa de Brooke. La habría creído. Siempre la creía. Por cabezota, de pronto estaba allí fuera, sola, bajo un cielo completamente negro.

Oyó un crujido cerca de la puerta lateral de la casa de uno de sus vecinos. Un escalofrío le recorrió los brazos. Se detuvo y aguzó el oído, esperando ver a Fudge, el labrador de color chocolate al que le encantaba lamer a todo el mundo sin parar. Un par de pasos más adelante, lo oyó de nuevo. El resonar de unos pasos.

—¿Jared? ¿Eres tú? No tiene gracia, ¿sabes?

Se volvió. A su espalda, la calle estaba vacía. Los vecinos tenían las luces apagadas. Que ella viese, nadie miraba por la ventana. No ladraba ningún perro.

Eso era buena señal, ¿no?

«Te estás angustiando por nada.»

Reanudó el camino, un pie detrás del otro, pero sentía una extraña sensación. Lo notaba, lo sentía: alguien la vigilaba.

Su padre siempre le decía: «Confía en tu instinto, Elizabeth. Si te da la impresión de que algo no va bien, probablemente no vaya bien».

Claro que siempre le habían dicho que tenía demasiada imaginación.

Un aire frío le erizó el vello de los brazos, pero esa noche no corría el aire.

Tendría que correr. Debería haber echado a correr en cuanto había sentido que la seguían.

Zas, zas, zas. Se volvió tan rápido que estuvo a punto de perder el equilibrio. Un hombre se abalanzaba sobre ella. El cerebro le gritaba: «¡Corre!». Lástima que las piernas no la obedeciesen. Sintió los pies pegados al suelo.

Algo contundente le golpeó la pierna; después, el lado izquierdo de la cabeza. Un dolor punzante e intenso le estalló en el cráneo. Las piernas dejaron de sostenerla y, de

pronto, no vio más que negro: cazadora negra, máscara negra, cielo negro.